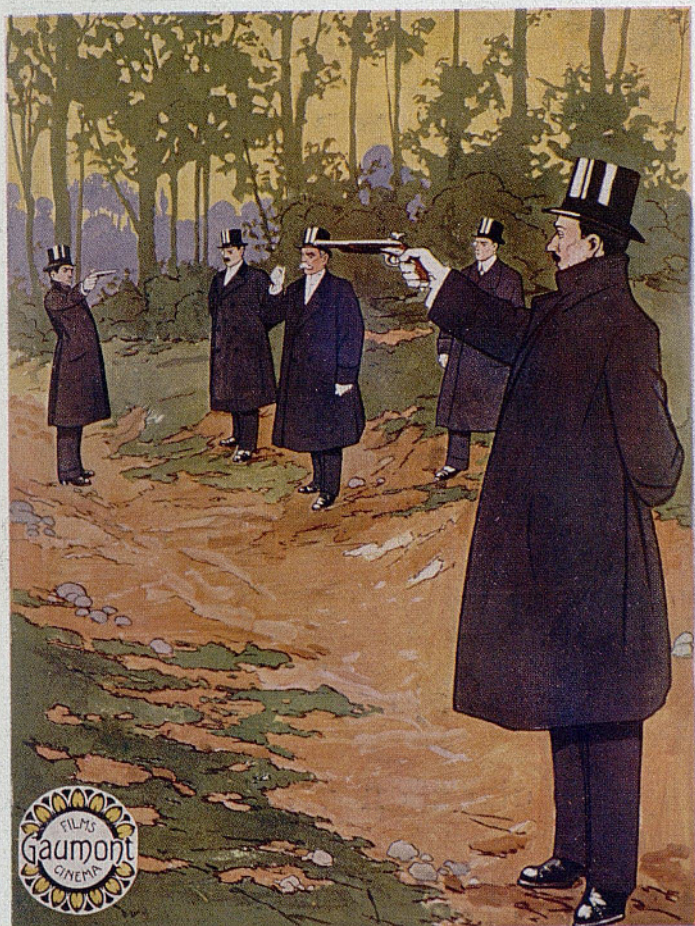


EL BECERRO DE ORO



L. Gaumont

66, Paseo de Gracia.-BARCELONA

Dirección telegráfica y telefónica

CRONO

TELÉFONO: 2991

Sucursales: { Madrid, Fúcar, 22 pral. Dirección telegráfica: CRONO Teléfono, 3375
BILBAO, Colón Larreátegui, 15 y 17 Dirección telegráfica: CRONO. Teléf. 1490

Los films artísticos Gaumont

EL BECERRO DE ORO

(D R A M Á T I C A)

CARTEL 2'20 x 1'40 m.

6 Fotografías gran tamaño

Metraje total 1,026

Metros en virajes 851

Palabra telegráfica:

“ FORSARGEN ”

Variedad del Programa Gaumont n.º 19 D.

Cinematografía en color Gaumont

AMPLIACIÓN

COMEDIA

N.º 4244

La perla perdida

Largo: 328 m. Color: 273 m. Palabra telegráfica: PERLEGAR

Palabra telegráfica	N.º de la película	TÍTULO Y ASUNTO	Metraje total	Metros en virajes	Cartel ó Ampliación	Pág.
Forsagen	4243	Dramática El Becerro de Oro.	1026	851	Cartel 2'20 x 1'40 (6 fotografías)	3
Rainier	4248	Panorámica Una excursión al Parque Nacional del Monte Rainier .	70			8
Calidida	4245	Comica Calino y los dos candidatos .	150	105	Cartel	10
Onesane	4242	Cómica El burro de don Picorete . .	194	153	Cartel	11
Merot	4299	Documentaria La pesca en las costas Tunecinas . . .	70	63		23
		Actualidades Gaumont Actualidades n.º 19 Cuarto Año				28

NOTA.—El metraje indicado para cada película es aproximado.



PROGRAMA 19 ^D

Cinematografía en color

Gaumont

Comedia

La perla perdida

Es la eterna historia, vieja como el mundo, mas a todo instante re-verdecida.

Dos muchachos se quieren con delirio, con embeleso. hasta el punto de considerar la vida deleznable sin el encanto de su mútuo cariño. Mas el padre de ella que es rico se opone, terco, a sus relaciones con un hombre que es pobre, y que a más, crimen imperdonable, es artista...

Por eso sus entrevistas se conciertan en medio del mayor misterio y disimulo. Por los jardines de espesos boscajes de la casa de Don Guzmán Bobadilla que es el padre de Carlota, la heroína de nuestra historia, esbozan los enamorados en la noche oscura proyectos y planes de ventura eterna.

Mas tanto va el cántaro a la fuente...

Don Guzmán sorprende una noche a Carlota y a Rodolfo, nombre del doncel, en amoroso coloquio. Encolerizado echa al «pintorcillo» que ha osado poner sus miras en su retoño, y sermonea a la culpable de lo lindo. Carlota manifiesta conatos de insurrección, tal es la indignación que la intransigencia del autor de sus días le produce, y con la voz velada por el llanto afirma que se casará con Rodolfo o se dejará morir de inanición. El enfado y el llanto de su hija ablanda un tanto a D. Guzmán:—Vamos —dícela éste.—No me opongo en absoluto a que te cases con ese mozo, pero tienes que esperar a que reúna treinta mil escudos, que es lo que exige como dote.

Carlota se serena y en una sentida carta manifiesta a su novio la

L. Gaumont

condición impuesta por su padre. Tiene confianza en su talento y abraza la convicción de que no tardará en poseer la suma exigida.

Ha pasado algún tiempo.



Don Guzmán le permite abrazar a su futura esposa y...

Don Guzmán recibe una mañana de Rodolfo la carta siguiente:

Mi estimado señor: Ya no se opone nada a mi felicidad. He vendido muchos de mis cuadros y he conseguido reunir los 30.000 escudos que me exigía para casarme con mi muy querida Carlota.

Rodolfo Valdés.

Don Guzmán le responde a renglón seguido afirmativamente, invitándole a venir a tomar el café con ellos aquella misma noche.

Rodolfo, acicalado, de ventiún alfileres, se presenta por la noche en casa de su futura familia, que le recibe con los brazos abiertos. D. Guzmán le permite abrazar a su futura esposa, y la velada concluye bien avanzada la noche, en medio de franca alegría.

El pintor columbra ya la fama y su séquito dorado. Damas muy prin-

L. Gaumont

cipales van, al día siguiente de su recepción en el seno de su futura familia, a visitar su taller y admirar sus trabajos. Una de ellas, fijándose en que el collar que lleva la modelo es basto y deslucido y que necesariamente el pintor, fiel reproductor de lo que sus ojos ven, ha de trasladarlo al lienzo con sus defectos y su vulgaridad, ofrécele prestado el suyo, preciosa joya de perlas finas, de bellos reflejos argentados, que ha de dar al cuadro más placentero aspecto. Rodolfo acepta, agradecido, la obsequiosa propo-



Una de ellas fijándose en que el collar que lleva la modelo es basto...

sición de la dama, y no bien deja ésta el taller con las que la acompañan prosigue su trabajo.

Un enojoso incidente, de gravísimas consecuencias, lo interrumpe instantes después. La modelo manoseando el collar lo desensarta y una perla cae al suelo. El pintor inquieto, la busca ayudado por la modelo por todos los rincones. Mas sus esfuerzos resultan estériles. ¡La perla ha desaparecido!

El pobre muchacho, desolado, recorre las joyerías pidiendo el precio de una perla semejante a la perdida.

—Treinta mil escudos—contéstanse invariablemente.

Es toda su fortuna. Mas cumpliría su deber de hombre honrado, y desolado, aunque firme en su propósito, lleva el collar a una de las joye-

L. Gaumont

rías, da la orden de montar la piedra dentro de las veinte y cuatro horas, paga y se va desesperado a su casa.

Conoce bien a D. Guzmán y sabe que aquello significa para él el



Nada se opone ya a la felicidad de Carlota

derrumbamiento de sus más bellas esperanzas, el aniquilamiento de su sueño de amor.

*Mi querida Carlota—escribe aquella noche a su novia—
¡Ay de mí! Nada me queda ya de las 30.000 escudos. Trata de
aplacar la cólera de tus padres. Tuyo para siempre.—Rodolfo.*

Carlota, al leer estas líneas prorrumpe en amargo llanto. Su madre pone el grito en el cielo, Don Guzmán, rojo de ira, se viste en un instante, empuña un bastón recio y nudoso y se dirige al taller del pintor, gesticulante, repitiendo, ahogado por la cólera:—Va a ver ese tunante cuantos puntos calzo...

Al llegar al taller, en donde le han alcanzado su esposa y su hija, desoladas, vé a Rodolfo en coloquio con una dama. Esta que era la que había prestado su collar de Perlas a Rodolfo, y que éste le había devuelto pocas horas antes, pedía explicaciones al pintor sobre un hecho extraño.

L. Gaumont

—Solamente llevo copias en falso de mis joyas—decía.—Y veo con sorpresa que en el collar que me habéis devuelto hay una perla verdadera... os la devuelvo: vale bien sus treinta mil escudos. Pero me querréis explicar...?

La explicación la dió Rodolfo, delante de D. Guzmán, de D.^a Pepa y de su adorado tormento, con ingenuidad, con franqueza...

Y fué tan decisiva que D. Guzmán con espontáneo movimiento le estrechó en sus brazos, conmovido hasta las lágrimas y admirado de su honradez y hombría de bien.

* * *

Por discretos y umbrosos rincones, bajo la fronda susurrante dicen-se los enamorados, sin trabas ya y a sus anchas, su amor infinito.

D. Guzmán y D.^a Pepa los miran un momento, embelesados... Luego, sin hacer ruido se alejan, no queriendo turbar sus dulces confidencias..





UNA EXCURSION AL PARQUE NACIONAL DEL MONTE RAINIER (Estados Unidos)



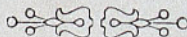
Panorámica

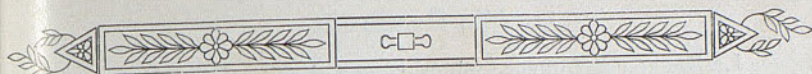
El Gobierno Norteamericano denomina «Parques Nacionales» aquellas partes de su territorio en donde abundan particularmente las bellezas y curiosidades naturales, y que destina, según su expresión misma a «lugar de esparcimiento y diversiones para el pueblo». Hay una docena en los Estados Unidos: algunos son inmensos, como el Parque de Yellowstone cuya superficie es la de un estado europeo como Bélgica.

El Parque Nacional del Monte Rainier que da a conocer esta película está situado en el Estado de Washington en el ángulo Nordeste de los Estados Unidos y se extiende sobre una superficie de 84.000 hectáreas. La naturaleza se ha mostrado allí sobradamente pródiga. Admírase en efecto los paisajes más diversos y más pintorescos, montañas de nevadas cimas, ventisqueros, selvas, lagos, torrentes y cascadas.

Numerosos turistas afluyen particularmente del 15 de Junio al 15 de Septiembre a este Parque. Mientras muchos de ellos hacen excursiones por los valles profundos que nos muestra esta película, otros, audaces, ávidos de emociones emprenden la ascensión del monte Rainier. Solamente después de haber atravesado y traspasado numerosos ventisqueros alcanzan en dos días su cima que se alza a cerca de 4.400 metros de altura sobre el nivel del mar: es el punto más elevado de los Estados Unidos.

Los reglamentos para la protección de las curiosidades naturales y de la fauna del parque se anuncian en todos los hoteles y toda infracción a las cláusulas que contienen se castiga rigurosamente. Prohibese notablemente la caza, y el nombre de Paraíso dado a uno de los valles más preciosos de esta región no es seguramente una palabra vana para los numerosos representantes del mundo animal que cobija,





El becerro de oro

Dramática

REPARTO

Susana Dory	Sras. Suzanne Crandais
Su madre.	» Dorly
Vizcondesa del Rocío	» Aylac
Sergio Boreas	Sres. Vinot
Dory	» Lorin
El Vizconde del Rocío	» Sertils
Max Hertzog	» Leubas

I. El triunfador

En un vasto campo de aviación de las afueras de la gran urbe.

Gentío inmenso, apiñado tras las empalizadas u ocupando las gradas de enormes tribunas, rinden a los audaces conquistadores del espacio el tributo de su admiración. Es la meta de la carrera Moscou-París, la más gigantesca prueba intentada hasta el día. Los pájaros creados por el génio del hombre van arribando uno tras otro y se posan en el suelo graciosamente, sin sacudidas, blandamente...

Sérgio Bóreas, el jóven aviador cuya estupenda sangre fría ante el peligro es el asombro de las multitudes que han hecho de él su ídolo, es uno de los triunfadores de la gloriosa jornada.

Salta ligero de su aeroplano y se dirige a las tribunas. Es rodeado, y felicitado: cien manos se tienden hacia él ávidas de recoger el primer saludo del héroe. Sérgio, sonriente, con su eterno pitillo en los labios reparte sendos apretones de mano. En su rostro varonil, de líneas enérgicas y voluntariosas no han dejado huella alguna las fatigas ni la tensión nerviosa que supone una empresa como la que acaba de llevar a cabo.

La bellísima Susana Dory, la hija del conocido banquero se halla en el grupo que rodea a Sérgio. Siente vehementes deseos de conocerle, de hablarle. Un sentimiento más poderoso que el de la curiosidad le empuja hasta él. Un amigo común lleva a cabo rápida presentación. Sérgio estrecha la linda y menuda mano que la jóven le tiende. Habla con ella breves instantes, súbitamente admirado de su cautivante belleza. Susana, ante su mirar intenso, ardiente, baja sus ojos coloreado de rubor su lindo semblante.

L. Gaumont

La llegada de nuevos amigos rompe el coloquio y Sérgio es llevado en triunfo fuera de las empalizadas.

Tal fué la primera entrevista de Sérgio y Susana, primer chispazo de una pasión que determinó trágicamente sus destinos.

II. Alma transfigurada

La presentación hecha a la ligera en el aerodromo se reñeva el mismo día por la noche en los deslumbrantes salones de la casa Dory. La elegancia y el buen gusto reinan. La plutocracia tienen allí sus más altos representantes.

Sérgio constituye el «clou» de la fiesta. Todos a porfía le agasajan



Susana dejando a sus adoradores, se reúne con Sérgio...

y se disputan el honor de hablarle. Los grandes y ruidosos éxitos deslumbran a estos príncipes del dinero.

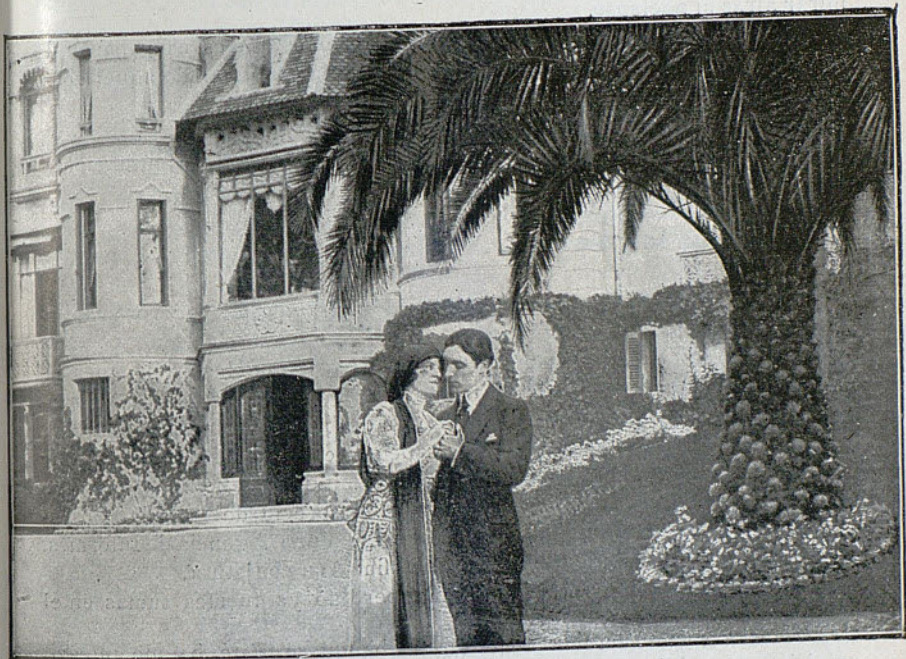
Susana deja a los adoradores que en torno suyo mariposean se reúne con Sérgio y pendiente de sus labios, escucha al héroe contar los detalles de su portentoso viaje.

Un sentimiento nuevo le transtorna; acostumbrada a hacer blanco a los hombres de los agudos saetazos de su ingenio perverso, haciendo de la

L. Gaumont

ironía y del desprecio sus armas favoritas, su actitud ruborosa de niña salida del convento, como ella diría ante aquel hombre, le desconcierta y aturde.

Susana Dory es una joven nacida y educada en un ambiente insano de positivismo y de riqueza. Mal guiados sus primeros pasos por un padre materialista y cínico, enteramente absorbido por sus especulaciones e imbuido de doctrinas tan falsas como inmorales, por una madre indolente, de



Sergio y Susana se aman y no tardan en confesárselo mutuamente...

muelle o casi nula voluntad, la frecuentación luego de centros frívolos y vanos donde solo se rinde vasallaje al lujo y a la vanidad, la lectura de libros artificiosos de un falso realismo, y otros elementos tan nocivos para la formación de un alma y de un cerebro, han hecho de Susana lo que es: Una mujer guapa, elegantísima, de agudo ingenio, de maneras exquisitas; pero de alma desoladamente árida, crudamente positivista, de cerebro atiborrado de sofismas. Nada escrupulosa en materia de moral, considera que desfallecer consiste sencillamente en caer de una posición superior a una posición mediocre. La dignidad y el deber sentimientos en muchos casos embarazosos. Adulada y cortejada su único pensamiento es éste: acre-

L. Gaumont

centar su fortuna con otra más sólida, poner su linda mano en el corazón de un hombre y sujetarlo y doblegarlo a su voluntad: Vivir una existencia de lujo y de esplendor, sin otra preocupación que eclipsar a las demás mujeres y humillarlas.

Ahora bien, enamorándose del prestigioso Sérgio Boreas, romántica sentimentalmente, falta a los principios sobre los que ha basado su vida. Este sentimiento nace y se ahinca de un modo tan súbito en su pecho que no tiene tiempo de batallar contra él y de raciocinar y a él se entrega sin mirar atrás ni adelante.

Sérgio, voluntarioso, arrebatado comprende que es este el amor de su vida. Y el fuego y brío con que emprende la conquista de aquel corazón rebelde, acaba en un instante con sus últimas resistencias.

A esta entrevista siguen otras.

Sérgio y Susana se aman y no tardan en confesarse mutuamente.

III. Todos los medios...

Entre los adoradores de Susana, Max Hertzog, el poderoso capitalista, es el más perseverante y terco.

No ha de observar mucho para comprender que los dos jóvenes están sinceramente enamorados uno de otro. Su despecho y dolor son grandes. Mas no se amilana y busca el modo de desbancar a su peligroso rival.

Conoce de reputación a Sérgio: sabe que el deseo de gozar, de llevar vida fastuosa le ha empujado a la aviación, en donde el éxito y el dinero se conquistan a fuerza de temeridad y de desprecio de la vida. Sospechando la existencia de un lado flaco, se dirige a una Agencia de Informes, la cual no tarda ni veinticuatro horas en afimar su conjetura.

Sérgio Boreas es un jugador y ha perdido ya fuertes sumas en el juego.

Hertzog va enseguida en busca del banquero. Este, blando ante los caprichos de su hija, muestra benevolencia ante sus relaciones con el aviador y la idea de tenerlo por yerno no le espanta sobremanera. Un hombre enérgico y audaz como Boreas, pasado el arrebató de la aviación, puede ser una palanca vigorosa de su empresa. Así pues al saber por Hertzog la mala reputación de que goza el aviador vacila y reflexiona. Para convencerle, Hertzog lo lleva al Círculo que suele frecuentar Sérgio, garito aristocrático en donde derrama a manos llenas el oro ganado a golpes de audacia.

Los informes no han mentido. Dory y Hertzog ven a Sérgio jugar hasta el último céntimo, y llegar al humillante recurso de pedir dinero prestado a un mozo del Círculo.

Aquella misma tarde Dory entera a su hija de quien es Sérgio, y le prohíbe terminantemente vuelva a hablar con él una sola palabra.

L. Gaumont

Susana se subleva. Mas la decisión del padre es inapelable; pocas veces llega a manifestar su voluntad ante su familia, mas una vez lo ha hecho, ningún poder es capaz de quebrantarla.

Sin embargo, Susana no cede. La falsa educación de sus padres han hecho de ella una independiente, una indómita a toda traba de conveniencia o decoro. Así que vuelve la espalda al padre, y a pesar de las blandas objeciones de su madre corre a casa de Sérgio, se echa en sus brazos y luego de anunciarle la decisión de su padre termina, en un arranque sincero: —Nada puede separarnos, Sérgio... Te juro que soy tuya.

IV. Catástrofe

Algunos días después, durante una velada íntima, el secretario particular del banquero entró como un vendabal en la sala en donde se hallaba



el Secretario le desliza al oído algunas palabras y....

éste jugando con algunos amigos, y le deslizó al oído algunas palabras.

El banquero palidece intensamente. Balbucea algunas excusas y se dirige a su despacho. Allí el teléfono le anuncia la aciaga nueva de su ruina. Las últimas operaciones, en que había invertido todos sus capitales,

L. Gaumont

y que parecía de éxito seguro, son un fracaso. Declárase un «Krach» formidable, devorador de incalculables fortunas.

Quiere levantarse, obrar, dar ordenes... Mas sus palabras se abogan



Entre los brazos de Susana que acude alarmada, exhala su postrer suspiro

en su garganta... Una oleada de sangre invade su rostro abogotado. Y azotando el aire con sus brazos cae desplomado en el suelo, fulminado por la apoplejía.

Entre los brazos de Susana, que acude alarmada, exhala su postrer suspiro.

Este desastre acalla en el alma de Susana todo sentimentalismo y por encima de todo su carácter ambicioso, frío, se afirma implacable.

Reuniendo los pocos fondos que tenía en caja el banquero, Susana salía de París, antes de que los acreedores y la justicia se abatan sobre su casa. Un proyecto, el único que puede salvar la situación, ha germinado en la mente de Susana.

L. Gaumont

Hace los preparativos de viaje y escribe a Sérgio:

Estoy arruinada, salgo de París... Únicamente puede salvar la situación un marido rico. Tu eres pobre y por mucho que te amase la miseria envenenaría mi vida. Sobreponete a tu dolor como yo me sobrepongo al mío. Déjame arreglar mi vida... Te quiero, te lo juro... y más adelante podre probartelo, que no es nuestro amor de esos que ñoñas preocupaciones puedan ahogar. Ten confianza en tu Suzie.

A la lectura de ésta carta Sérgio experimenta violento choque. Corre renético, loco, a casa de Susana, y forzando la consigna dada por ésta a los criados de impedirle el paso, llega hasta ella.



Como has podido proponerme tal cosa, Susana...?

Como — has podido proponerme tal cosa, Susana...? No, me resisto a creerlo. Vas a venir a casa, lo oyes? Lo quiero, lo exijo, sino...

Susana, asustada, temiendo una violencia, promete. Y una hora después se halla en el domicilio del joven.

Sérgio le implora renuncie a sus proyectos ambiciosos; ora acalorado ora persuasivo y cariñoso le pinta en risueños cuadros lo que sería su vida futura, serena y dichosa... Luego, ante la firmeza y la inquebrantable

L. Gaumont

obstinación de su amada, se exaspera, ordena, amenaza. Intenta, en su delirio, sujetarla entre sus brazos... mas ella, ligera, se deshace del abrazo, corre a la ventana y exclama:—Si das un solo paso más... me precipito a la calle.

Deshecho, vencido, Sérgio cesa de luchar contra aquella voluntad de hierro. Su furor decae y a él sucede un gran abatimiento. Susana, viendo su triunfo se acerca a él, mimosa:

—Sérgio mío... No seas niño. Sabes que te quiero. Pero la vida tiene crueles exigencias y aunque sea momentáneamente tenemos que sacrificarlos a ellas...

Sabiéndose débil para doblegarla, acobardado por su amor, acepta Sérgio el sacrificio.

Al día siguiente Susana Dory y su madre parten para las risueñas costas mediterráneas.

V. En Cannes

Susana y su madre se hallan en la aristocrática playa. Hertzog, renunciando a sus esperanzas, las sigue hasta allí. Pero la jóven, poseída aún por el recuerdo, de Sérgio, lo rechaza con dureza.

—Usted se casará conmigo —le dice Hertzog— Solo yo puedo darle esa vida opulenta que debe de ser la suya... Cuando se decida no tiene más que escribirme esta sola palabra: «Venga...»

Pero Susana no le escucha y prosigue sus silenciosos paseos por la playa, cautivando con su belleza, que realza su severa toilette de luto, a los veraneantes que por ella discurren...

No tarda en hallar el marido ideal, rico, joven, aristócrata que a la opulencia del que tiene una gran fortuna puede ofrecer la suprema vanidad de un título de nobleza. Es el Vizconde del Rocío, que en compañía de su madre la Vizcondesa pasa en Cannes, en un chalet de las cercanías, la estación estival.

Una oportunidad discretamente buscada inicia las relaciones. Y a despecho de la austeridad de principios de la Vizcondesa, y de su orgullo desmedido, pronto florece un idilio.

Una tarde, durante un paseo a caballo, el Vizconde, absolutamente hechizado, confiesa su amor a Susana y le ofrece su nombre. Susana, disimulando su triunfo bajo apariencia de ingenuidad y turbación mentidas, contesta afirmativamente. La ambiciosa alcanza su fin...

Pero Hertzog vela. Comprende que Susana se le escapa de las manos y acude para evitarlo a un recurso diabólico. Escribe a Sérgio, dándole el consejo de venir a Cannes sin perder un instante, y así que llega, le lanza despiadado la verdad en pleno rostro. Susana parece enamorada del Vizconde... y quizás le ama sinceramente...

L. Gaumont

Sérgio no escucha el resto de sus pérfidas insinuaciones. Corre como un insensato al parque y encuentra en él, por una de sus umbrosas avenidas a Susana, que acaba de dejar al Vizconde. Al verle, reprime aquella un grito de sorpresa. Sérgio, violento, le apostrofa, echándole en cara su perfidia. Mas ella se defiende haciendo protestas de su amor y afirmando que su corazón solo a él pertenece...

—No... Susana... No puedo ni quiero aceptar tus proyectos... Partamos!

Susana rehusa obstinada y Sérgio, fuera de sí, en uno de sus arrebatos impulsivos se precipita al encuentro del Vizconde y le injuria...

Un duelo en condiciones rigurosísimas se concierta entre ambos hombres. Tiene lugar en un claro de un bosquecillo sito a proximidad del chalet del Vizconde. Dada la señal, dos detonaciones a cortísimo intervalo atruenan el espacio, y el Vizconde, ahogando un grito de dolor cae al suelo, atravesado de un balazo.

Hertzog, desembarazado del Vizconde y de su otro rival Sérgio, es el primero en anunciar a Susana el trágico resultado del duelo.

Traspasada de dolor e indignación corre a casa de la Vizcondesa, a aportar sus consuelos al herido. Mas se encuentra con que la casa está deshabitada. La Vizcondesa se ha marchado llevándose a su hijo, gravemente herido, no dejando indicación alguna de su destino.

Cuando Sérgio se presenta ante Susana, ésta le rechaza estreme-cida de furor.

—Te odio... lo oyes? —grita vehemente.—Te odio, miserable. No te perdonaré nunca... te odio!

Sérgio, desesperado, sintiendo en su pecho una sensación de frío intenso, se aleja...

VI. La muerte del pájaro

Fugaces transcurren las horas.

Pasada la exaltación primera, sintiendo flaquear su voluntad cuyo fin empieza a comprender odioso, vuelve el corazón de Susana por sus antiguos fueros y el recuerdo de su primero y único amor lo ocupa todo. Piensa en Sérgio, cuando recibe de él el telegrama siguiente.

Susana. Lee esto atenta: te adoro. Comprendo que te he perdido y no quiero sobrevivir a este pensamiento. Hasta las 3 esperaré tu perdón en el aerodromo de Antibes. Pasada esta hora un accidente fortuito descargará mi desesperación. Te he amado por encima de todo. Adiós.

Echa una ojeada a su reloj. Son las 3 menos cuarto. El aerodromo

L. Gaumont

de Antibes dista bastante lejos. Toma un automóvil y ordena al chauffeur lanzarlo a toda marcha.

* * *

Sérgio en el campo de aviación, junto al gran pájaro que tantas veces le llevó a la victoria se aplica a los últimos preparativos de su postrer viaje. Una feroz voluntad le anima. A cada instante consulta su reloj. Va acercándose la hora... Son las tres menos algunos minutos. Lentamente fija al motor y al depósito de bencina una mecha, que encenderá en pleno vuelo...

Su reloj señala al fin las tres.

Abarca con una mirada en torno suyo el extenso campo. Nadie. Ha perdido a su Susana! La vida ha terminado para él. Toma asiento en el aeroplano, sus operarios ponen en marcha la hélice, recorre algunos metros por el suelo y se eleva rápidamente siguiendo una graciosa curva ascendente...

El automóvil en donde va Susana llega entonces al campo... La joven ve a la gente alzar la mirada al cielo... Comprende, y lanza un clamor desesperado...

A poco sus ojos presencian horrendo espectáculo. El aeroplano, en medio de su gracioso vuelo brinca, una intensa llamarada lo envuelve y como un bólido candente cae a tierra...

Susana instantes después, cae desvanecida sobre el cuerpo de su amado, cuerpo horriblemente mutilado que la vida ha abandonado ya.

VII. Sacrificio

Susana ha vuelto con su madre a París. Hertzog, el constante, el terco, le ha murmurado a su oído: Acuértese... una sola palabra «Venga...»

Entra en su casa. La madre, sollozante, se deja caer en una silla. Susana con los ojos secos, su dolor, su desesperación han abolido en ella toda sensación, recorre uno a uno los aposentos de la casa que ya no es suya. Por doquiera sellos judiciales, papel sellado, de apremio y amenaza.

Se ahoga. Abre una ventana. París, la inmensa urbe extiende ante ella el mar de sus casas, sus miriadas de luces. El murmullo ahogado de su vida intensa le penetra...

—Maldito seas—grita la alucinada—Maldito tu ambiente que corrompe... que te infiltras en la sangre llevando a ella la mas impura de las codicias... Maldito seas Siglo del Dinero, y tu Becerro de Oro que tantos inmolas en tu altar... Maldito... Maldito...

Cierra la ventana. Dirígease a su secreter, lo abre y saca de él un revólver, incrustado de nacar, precioso juguete de muerte... Lentamente acerca su cañón brillante a su pecho... y va a terminar con una cobardía

L. Gaumont

su desdichada existencia de engañada, cuando se le aparece la visión de su pobre madre, planta de invernadero, cuyos días solo el calor del lujo puede prolongar.

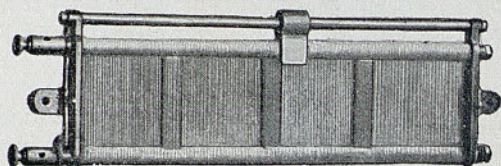
Un resto de piedad le impide llevar a cabo su crimen. Tira lejos de sí el revólver, y con mano firme traza en el respaldo de una tarjeta suya una sola palabra: «Venga».

Y en el sobre escribe:

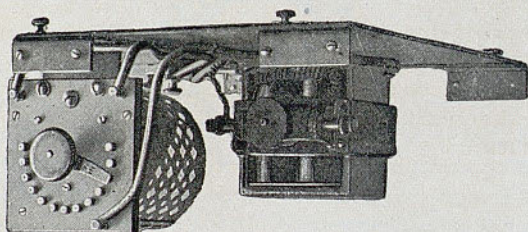
Sr. Max Hertzog
Avenida Victor Hugo, 210
PARIS



Los tipos de resistencia de velocidad **GAUMONT**



Resistencia de velocidad
modelo alargado (de cursor) tipo **A**
propio para mesa de madera



Platina soporte de partes eléctricas
para mesa metálica, provista de dinamo
con resistencia redonda (de bornes) tipo **B**

Estas dos resistencias se utilizan indistintamente para di-
namos Tipo A y Tipo B



Calino y los dos candidatos



Cómica

Morapiez y Mostillo, ambos Candidatos, estudian en el ambiente de calma y de recogimiento de su gabinete de estudio la ardua cuestión social.

Su gabinete de estudio es la sala espaciosa de un Café. Sus mesas son veladores de mármol y la grave y ardua cuestión social por el momento la representan dos vasos llenos hasta los bordes de un líquido opalino y ponzoñoso.

Los candidatos tienen sed. Muchos sin ser candidatos la tienen. Aunque tanto unos como otros tienen un derecho indiscutible a apagarla por todos los medios que se hallen a su alcance, inclusive con extintores automáticos y patentados.

—Sed o no sed—que dijo el compadre Hamlet.

Pero no es esta la cuestión, por más que lo afirmara a renglón seguido nuestro repetido compadre Hamlet.

Morapiez y Mostillo aunque absorbidos o mejor dicho aunque absorbiendo el líquido opalino y ponzoñoso, no dejan de pensar en la batalla violenta y cruda que han de trabar para disputarse el anhelado título de padre de la patria.

Corta sus reflexiones profundas la llegada de dos personajes, cuya insolente insignificancia nos dispensa de hacer su retrato. Uno de ellos se dirige a Morapiez, el otro a Mostillo y cada uno misteriosamente entrega a su respectivo Candidato una carta.

Morapiez lee:

Cándido Candidato
Tus esfuerzos serán nulos
si no te haces con el apoyo del ciudadano Calino
(Un elector con pupila)

Mostillo lee:

Excelso Candidato
Solo Calino, el prócer respetable
podrá hacer triunfar vuestra candidatura
(Uno que ve más allá de su apéndice nasal)

Aquí se hace necesaria una pausa, durante la cual los dos Candidatos reflexionan gravemente. El resultado de sus reflexiones es apurar de un trago el contenido opalino y ponzoñoso de sus respectivos vasos, y salir luego, a un tiempo, en dirección a la morada de Calino.

L. Gaumont

Calino, que a su llegada estaba aplicado a dar brillo con cepillo y betún a una imponente ringlera de platos se ve arrebatado éstos por las manos diligentes de Morapiez, el cual con conmovedora actividad prosigue su trabajo.

Los niños que berreaban como bucéfalos son mecidos y mimados por Mostillo, el cual cargado con ellos los pasea por la habitación.



Señor Calino, Díganos por quien votará V. el Domingo

Es una lucha cortés a quien es más obsequioso y amable con el elector influente.

Calino está alborozado y esa sonrisa que todos le conocemos y envidiamos, esa sonrisa incopiable que perdió a la Joconda, ilumina su semblante.

Desdichadamente con el calor de la discusión los ánimos de los candidatos se caldean y exhacerban. Los platos se multiplican por los suelos como buenos cristianos. Los rorros vuelan por el aire como bólidos sencillos.

Los paladines entran en liza y exponen sus programas.

—Paz... Paz... tal es mi programa—vocifera Morapiez subrayando

L. Gaumont

sus palabras con fuertes puñetazos en la mesa, que certificaban de un modo fehaciente la solidez de ésta y la de sus argumentos.—Nada de guerras—prosigue—ni de luchas intestinales. Armonía, con h si se quiere, pero no con hacha. Abolición de la Esclavitud. Aún en el siglo XX hay desdichados Globos Cautivos...

—Repudiamos con toda la fuerza de nuestra indignación—prorrumpe el otro—la nefasta política de odios y de violencias... Nada de divisiones... ni de multiplicaciones ni de restas... Todos somos hermanos... menos los que votan por Morapiez. Esos son primos...

—¡Besugo!—ruje el aludido, lanzando a su rival una mirada envenenada.

—¡Ambidextro!..—le responde aquel, lanzándole una silla no envenenada, aunque sí maciza y respetable.

Rómpense las hostilidades. Rómpense las sillas, las mesas, el armario... Los dos candidatos luchan denodadamente hasta que el mobiliario queda reducido al estado fragmentario.

Los dos candidatos, después de curarse de primera intención, dirigen a Calino una carta, que firman ambos, concebida en estos términos:

Señor Calino:

Diganos por favor por quién votará V. el Domingo.

.

Horas después reciben en contestación a su misiva una de Calino, que les llena de una indignación no cabe más legítima.

Rebosa ironía, una ironía fina como de Calino:

Señores:

Ustedes se empeñan en que vote cual una pelota... No, aunque quisiera no podría complacerles. Mi calidad de súbdito fiel de los Estados Unidos Andorranos me impide votar en país extranjero, aún poseyendo las mejores propiedades elásticas, rústicas y urbanas. Suyo afmo. Calino.

Los dos Candidatos, a quienes la lectura de esta carta ha excitado una sed inextinguible de venganza, van a aplacarla a una taberna vecina, fértil en brevaes opalinos, tornasolados y más o menos ponzoñosos.

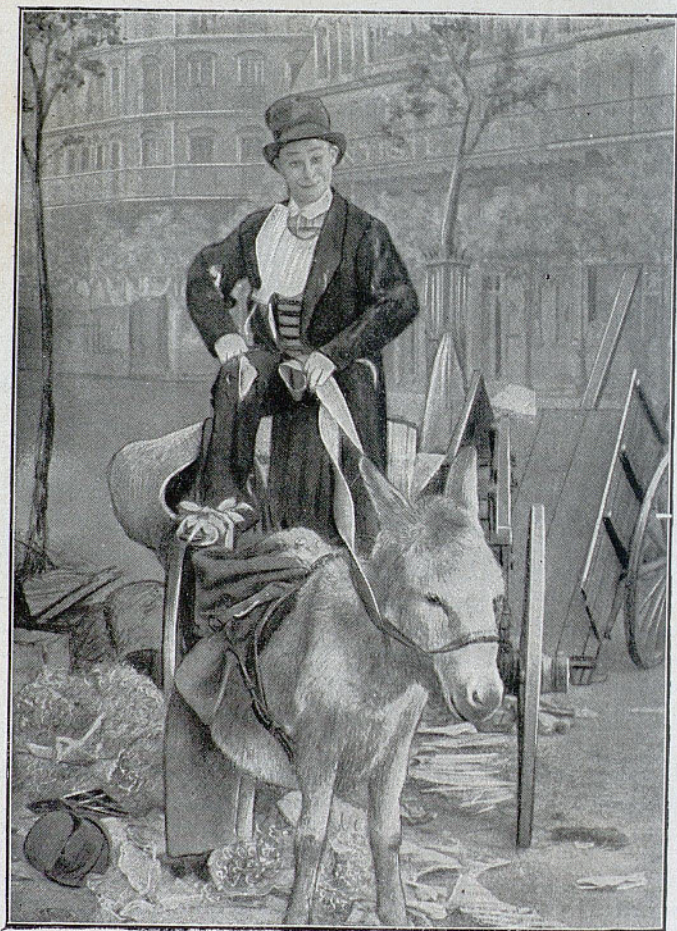


El burro de D. Picorete (Fábula)



Cómica

Reducido por su mala cabeza a la andrajosa condición de trapero, D. Picorete decía a menudo a su rucio, fiel compañero de sus pringosas correrías a través de un vecindario sórdido y miserable:



L. Gaumont

—Si yo fuera rico... ¡qué burro tan feliz serías!

Un día que repetía por centésima vez estas palabras, apareciósele una buena señora, vestida conforme a una moda medioeval, y llevando en la diestra una varita. Era un Hada. El Hada Fesio, si la memoria no nos es infiel.

—Tu propósito es sincero—dijo solemne a nuestro héroe—y quiero recompensarte. Tu burro te dará onzas de oro siempre que seas con él bueno y generoso y le des el tratamiento de vuesencia...

Dicho lo cual se desvaneció en el aire. Don Picorete se quedó con la boca abierta, perplejo, resistiéndose a creer, dado su escepticismo, en la intervención de seres sobrenaturales.

Aquella misma noche sin embargo tuvo que rendirse a la evidencia, viendo la forma y consistencia de residuos que hasta entonces había considerado como resultado inevitable aunque contrario a la decencia de un mecanismo orgánico completamente normal.

En una palabra: aquel rucio se parecía a los lápices en que tenía una mina en el cuerpo. Pero una mina de oro acuñado que permitió a nuestro héroe disfrutar en breve espacio de una opulencia de Rajá Indio.

Cumplió, ni que decir tiene, sus tantas veces repetida promesa. Solamente que se equivocó lamentable en su concepto sobre la felicidad asnal. Creyó que haciéndole participar a sus placeres y diversiones, colmaba por completo sus deseos y hacía de él un rucio afortunado y dichoso.

Una turba de lacayos galoneados rodeaba constantemente al buen pollino, agasajándole y prodigándole maternales atenciones. Su capa era ora parda, ora gris perla, ora tornasolada... La moda tiene sus exigencias, argüía D. Picorete para justificar las pinturas y estucamientos por que pasaba, resignado, su jumento. Peinaba raya en medio, iba siempre perfumado, un criado se cuidaba de que sus dorados cascos estuvieran siempre limpios y relucientes. En un adornado carro tirado por los criados paseaba su aburrimiento.

Porque se aburría soberanamente: Aquella vida ociosa y de regalo no convenía ciertamente a su temperamento.

Perdió el apetito. Sus dientes que antes trituraban mendrugos de pan cuya dureza hubiera avergonzado a un adoquín, con las comidas más delicadas y menos reacias se fueron atrofiando hasta perder por completo su fuerza primitiva.

Vino luego la neurastenia, de la que no están exentos los burros, aunque otra cosa se crea, y resultado de ella el mal humor, la melancolía, la tristeza, etc., etc.

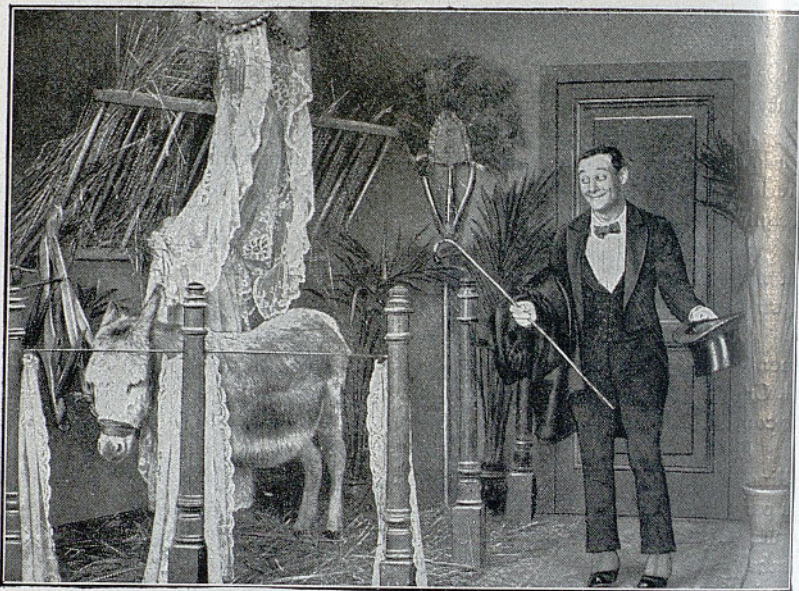
Como es natural la producción de residuos fué reduciéndose de día en día, y lo que había de suceder fatalmente, sucedió al cabo.

Una mañana, luego otra y otra D. Picorete, que vivía al día y para quien la operación de recoger los áureos residuos se había convertido en casi una rutina, sólo comparable a la del rentista recortando cínica y perió-

L. Gaumont

dicamente sus cupones, se fué con las manos vacías del lujoso establo en donde el pollino pernoctaba.

La mina estaba exhausta. El mecanismo orgánico de su compañero de miserias no funcionaba normalmente, y todo por su culpa... Pero esto no lo supo ver nuestro insigne bobo. Volvió al establo, encolerizado, y ante la calma estoica del jumento se puso a injuriarle y golpearle.



Don Picorete visitaba diariamente el lujoso establo de su burro...

La indignación del pollino, póngase el lector en su lugar, fué tan grande como justa.

Y en el acto tomó venganza, depositando en las manos de D. Picorete dos onzas de oro, relucientes...

—¿Venganza?—no dejará de preguntar con los ojos estúpidamente abiertos el inevitable lector impaciente e inconsiderado.—Sí, ¡venganza! —le responderemos iracundos.

Ya que aquellas monedas eran falsas, de notoria falsedad, y que Don Picorete al querer pagar con ellas aquella misma noche una cena suculenta y gargantuesca, vióse tratado de vil «monedero falso» y arrastrado por robustas e indelicadas manos a un calabozo lóbrego y tenebroso.

La conducta infuca de D. Picorete rompió el encanto.

L. Gaumont

Los residuos del mecanismo orgánico de su burro recobraron su forma y olor primitivos y característicos.

Vemos a D. Picorete correteando por las calles, vuelto a su antigua y astrosa condición.

Pero se han trocado los papeles. El jumento se halla sentado en el carro, y él, entre los varales, tira de él trabajosamente...

Había comprobado, aunque algo tarde, que su burro lo era menos que él y se puso en su lugar, como todos en su caso nos hubiéramos puesto.





La pesca en las Costas Tunecinas



Documentaria

La pesca del meru que nos da a conocer esta película en primer lugar se practica en Mayo y Junio, cuando este pez se acerca a las costas. El meru está muy extendido en el Mediterráneo y algunos de estos peces llega a alcanzar un metro de largo. Se pesca por medio de la palanca, sedal largo sostenido por boyas y del cual cuelgan otros más pequeño, provistos de anzuelos.

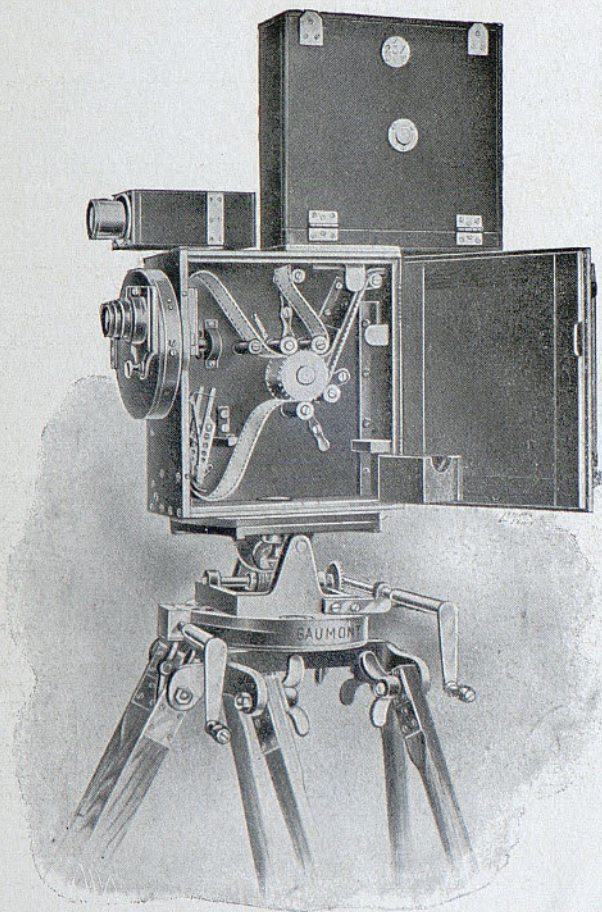


La langosta está también muy extendida en el Mediterráneo, en donde busca los fondos rocallosos. Péscasela por medio de cestas de forma especial, cuya abertura está provista de peces muertos. Bájense estas cestas por la noche; las langostas, atraídas por el cebo acuden, entran por la abertura y quedan prisioneras dentro de ellas.

La pesca del atún se lleva a cabo en el Mediterráneo desde tiempos inmemorables; péscase el mismo, ya por medio de redes, ya de sedales, estos naturalmente provistos de cebos. El atún se pesca principalmente en tiempo cubierto, viento moderado y mar ligeramente picada.



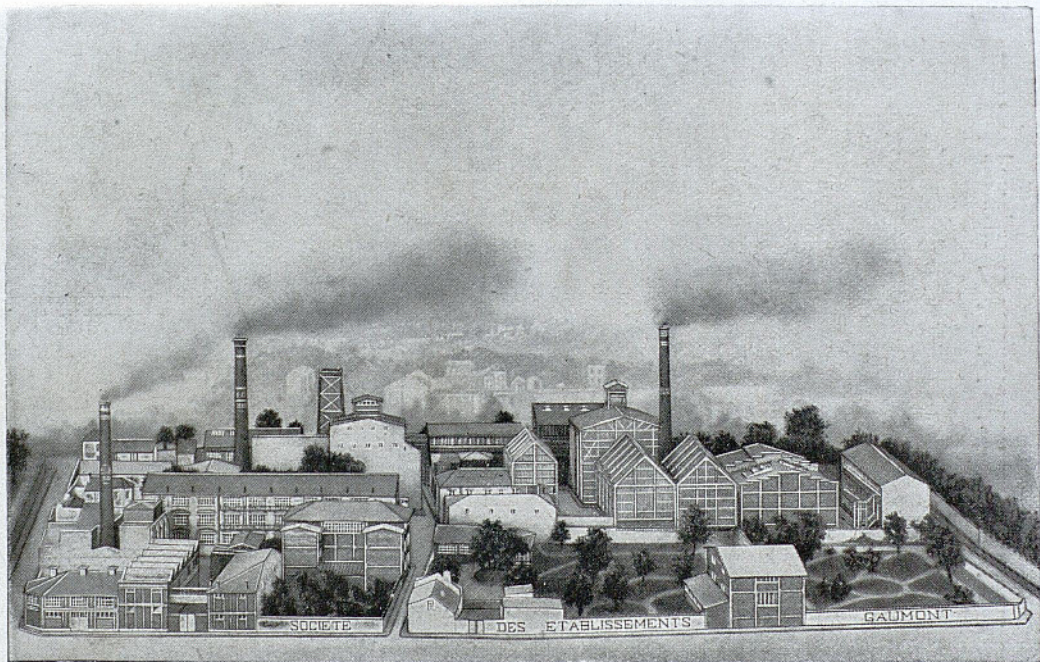
Si queréis impresionar buenas cintas, no empleéis más que el
CRONO NEGATIVO GAUMONT



Pídase el presupuesto detallado de nuestro material de

TOMAR VISTAS

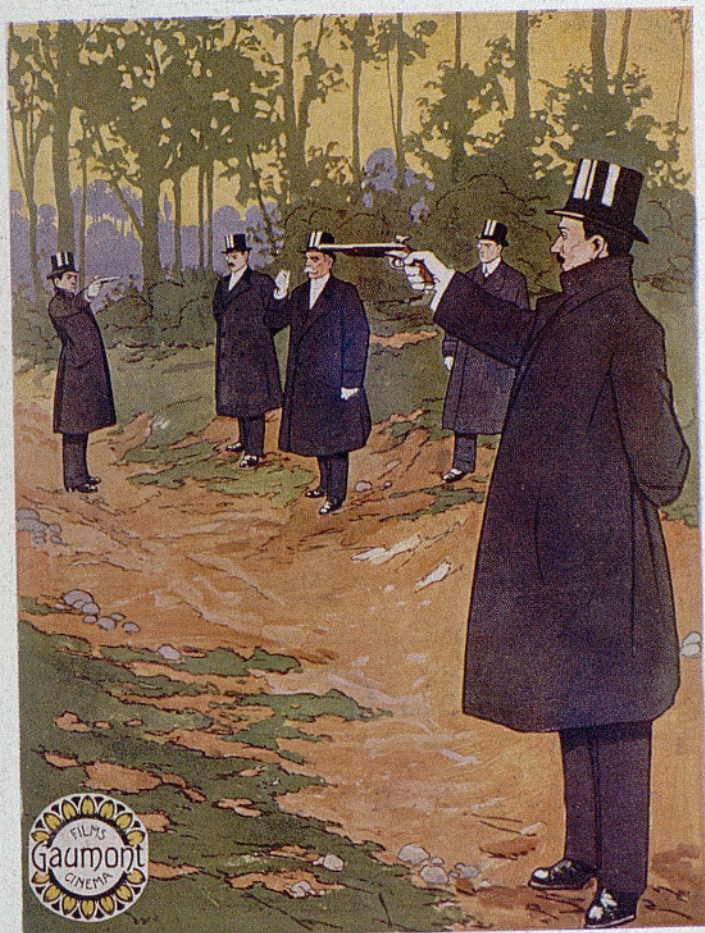




Vista de los talleres de la Sté. des Etablissements Gaumont de Paris

El BECERRO DE ORO

FilmoTeca
Catalunya



L. Gaumont

66, Paseo de Gracia.-BARCELONA

Dirección telegráfica y telefónica

CRONO

TELÉFONO: 2991

Sucursales:

Madrid, Fúcar, 22 pral. Dirección telegráfica: CRONO Teléfono, 3375

BILBAO, Colón Larreategui, 15 y 17 Dirección telegráfica: CRONO. Teléf. 1490

Los films artísticos Gaumont

EL BECERRO DE ORO

(D R A M Á T I C A)

CARTEL 2'20 x 1'40 m.

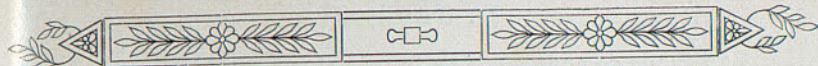
6 Fotografías gran tamaño

Metraje total 1,026

Metros en virajes 851

Palabra telegráfica:

“ FORSARGEN ”



El becerro de oro

Dramática

REPARTO

Susana Dory	Sras. Suzanne Crandais
Su madre.	» Dorly
Vizcondesa del Rocío	» Aylac
Sérgio Boreas	Sres. Vinot
Dory	» Lorin
El Vizconde del Rocío	» Sertils
Max Hertzog	» Leubas

I. El triunfador

En un vasto campo de aviación de las afueras de la gran urbe.

Gentío inmenso, apiñado tras las empalizadas u ocupando las gradas de enormes tribunas, rinden a los audaces conquistadores del espacio el tributo de su admiración. Es la meta de la carrera Moscou-París, la más gigantesca prueba intentada hasta el día. Los pájaros creados por el génio del hombre van arribando uno tras otro y se posan en el suelo graciosamente, sin sacudidas, blandamente...

Sérgio Bóreas, el joven aviador cuya estupenda sangre fría ante el peligro es el asombro de las multitudes que han hecho de él su ídolo, es uno de los triunfadores de la gloriosa jornada.

Salta ligero de su aeroplano y se dirige a las tribunas. Es rodeado, y felicitado: cien manos se tienden hacia él ávidas de recoger el primer saludo del héroe. Sérgio, sonriente, con su eterno pitillo en los labios reparte sendos apretones de mano. En su rostro varonil, de líneas enérgicas y voluntariosas no han dejado huella alguna las fatigas ni la tensión nerviosa que supone una empresa como la que acaba de llevar a cabo.

La bellísima Susana Dory, la hija del conocido banquero se halla en el grupo que rodea a Sérgio. Siente vehementes deseos de conocerle, de hablarle. Un sentimiento más poderoso que el de la curiosidad le empuja hasta él. Un amigo común lleva a cabo rápida presentación. Sérgio estrecha la linda y menuda mano que la joven le tiende. Habla con ella breves instantes, súbitamente admirado de su cautivante belleza. Susana, ante su mirar intenso, ardiente, baja sus ojos coloreado de rubor su lindo semblante.

L. Gaumont

La llegada de nuevos amigos rompe el coloquio y Sérgio es llevado en triunfo fuera de las empalizadas.

Tal fué la primera entrevista de Sérgio y Susana, primer chispazo de una pasión que determinó trágicamente sus destinos.

II. Alma transfigurada

La presentación hecha a la ligera en el aerodromo se renueva el mismo día por la noche en los deslumbrantes salones de la casa Dory. La elegancia y el buen gusto reinan. La plutocracia tienen allí sus más altos representantes.

Sérgio constituye el «clou» de la fiesta. Todos a porfía le agasajan



Susana dejando a sus adoradores, se reúne con Sérgio...

y se disputan el honor de hablarle. Los grandes y ruidosos éxitos deslumbran a estos príncipes del dinero.

Susana deja a los adoradores que en torno suyo mariposean se reúne con Sérgio y pendiente de sus labios, escucha al héroe contar los detalles de su portentoso viaje.

Un sentimiento nuevo le transtorna: acostumbrada a hacer blanco a los hombres de los agudos saetazos de su ingenio perverso, haciendo de la

L. Gaumont

ironía y del desprecio sus armas favoritas, su actitud ruborosa de niña salida del convento, como ella diría ante aquel hombre, le desconcierta y aturde.

Susana Dory es una joven nacida y educada en un ambiente insano de positivismo y de riqueza. Mal guiados sus primeros pasos por un padre materialista y cínico, enteramente absorbido por sus especulaciones e imbuido de doctrinas tan falsas como inmorales, por una madre indolente, de



Sergio y Susana se aman y no tardan en confesárselo mutuamente...

muelle o casi nula voluntad, la frecuentación luego de centros frívolos y vanos donde solo se rinde vasallaje al lujo y a la vanidad, la lectura de libros artificiosos de un falso realismo, y otros elementos tan nocivos para la formación de un alma y de un cerebro, han hecho de Susana lo que es: Una mujer guapa, elegantísima, de agudo ingenio, de maneras exquisitas; pero de alma desoladamente árida, crudamente positivista, de cerebro atiborrado de sofismas. Nada escrupulosa en materia de moral, considera que desfallecer consiste sencillamente en caer de una posición superior a una posición mediocre. La dignidad y el deber sentimientos en muchos casos embarazosos. Adulada y cortejada su único pensamiento es éste: acre-

L. Gaumont

centar su fortuna con otra más sólida, poner su linda mano en el corazón de un hombre y sujetarlo y doblegarlo a su voluntad: Vivir una existencia de lujo y de esplendor, sin otra preocupación que eclipsar a las demás mujeres y humillarlas.

Ahora bien, enamorándose del prestigioso Sérgio Boreas, romántica sentimentalmente, falta a los principios sobre los que ha basado su vida. Este sentimiento nace y se ahinca de un modo tan súbito en su pecho que no tiene tiempo de batallar contra él y de raciocinar y a él se entrega sin mirar atrás ni adelante.

Sérgio, voluntarioso, arrebatado comprende que es este el amor de su vida. Y el fuego y brío con que emprende la conquista de aquel corazón rebelde, acaba en un instante con sus últimas resistencias.

A esta entrevista siguen otras.

Sérgio y Susana se aman y no tardan en confesárselo mutuamente.

III. Todos los medios...

Entre los adoradores de Susana, Max Hertzog, el poderoso capitalista, es el más perseverante y terco.

No ha de observar mucho para comprender que los dos jóvenes están sinceramente enamorados uno de otro. Su despecho y dolor son grandes. Mas no se amilana y busca el modo de desbancar a su peligroso rival.

Conoce de reputación a Sérgio: sabe que el deseo de gozar, de llevar vida fastuosa le ha empujado a la aviación, en donde el éxito y el dinero se conquistan a fuerza de temeridad y de desprecio de la vida. Sospechando la existencia de un lado flaco, se dirige a una Agencia de Informes, la cual no tarda ni veinticuatro horas en afimar su conjetura.

Sérgio Boreas es un jugador y ha perdido ya fuertes sumas en el juego.

Hertzog va enseguida en busca del banquero. Este, blando ante los caprichos de su hija, muestra benevolencia ante sus relaciones con el aviador y la idea de tenerlo por yerno no le espanta sobremanera. Un hombre enérgico y audaz como Boreas, pasado el arrebatado de la aviación, puede ser una palanca vigorosa de su empresa. Así pues al saber por Hertzog la mala reputación de que goza el aviador vacila y reflexiona. Para convenecerle, Hertzog lo lleva al Círculo que suele frecuentar Sérgio, garito aristocrático en donde derrama a manos llenas el oro ganado a golpes de audacia.

Los informes no han mentido. Dory y Hertzog ven a Sérgio jugar hasta el último céntimo, y llegar al humillante recurso de pedir dinero prestado a un mozo del Círculo.

Aquella misma tarde Dory entera a su hija de quien es Sérgio, y le prohíbe terminantemente vuelva a hablar con él una sola palabra.

L. Gaumont

Susana se subleva. Mas la decisión del padre es inapelable; pocas veces llega a manifestar su voluntad ante su familia, mas una vez lo ha hecho, ningún poder es capaz de quebrantarla.

Sin embargo, Susana no cede. La falsa educación de sus padres han hecho de ella una independiente, una indómita a toda traba de conveniencia o decoro. Así que vuelve la espalda el padre, y a pesar de las blandas objeciones de su madre corre a casa de Sérgio, se echa en sus brazos y luego de anunciarle la decisión de su padre termina, en un arranque sincero: —Nada puede separarnos, Sérgio... Te juro que soy tuya.

IV. Catástrofe

Algunos días después, durante una velada íntima, el secretario particular del banquero entró como un vendabal en la sala en donde se hallaba



el Secretario le desliza al oído algunas palabras y....

éste jugando con algunos amigos, y le deslizó al oído algunas palabras.

El banquero palidece intensamente. Balbucea algunas excusas y se dirige a su despacho. Allí el teléfono le anuncia la aciaga nueva de su ruina. Las últimas operaciones, en que había invertido todos sus capitales,

L. Gaumont

y que parecía de éxito seguro, son un fracaso. Declárase un «Krach» formidable, devorador de incalculables fortunas.

Quiere levantarse, obrar, dar ordenes... Mas sus palabras se abogan



Entre los brazos de Susana que acude alarmada, exhala su postrer suspiro

en su garganta... Una oleada de sangre invade su rostro abogotado. Y azotando el aire con sus brazos cae desplomado en el suelo, fulminado por la apoplejía.

Entre los brazos de Susana, que acude alarmada, exhala su postrer suspiro.

Este desastre acalla en el alma de Susana todo sentimentalismo y por encima de todo su carácter ambicioso, frío, se afirma implacable.

Reuniendo los pocos fondos que tenía en caja el banquero, Susana salía de París, antes de que los acreedores y la justicia se abatan sobre su casa. Un proyecto, el único que puede salvar la situación, ha germinado en la mente de Susana.

L. Gaumont

Hace los preparativos de viaje y escribe a Sérgio:

Estoy arruinada, salgo de París... Únicamente puede salvar la situación un marido rico. Tu eres pobre y por mucho que te amase la miseria envenenaría mi vida. Sobreponete a tu dolor como yo me sobrepongo al mío. Déjame arreglar mi vida... Te quiero, te lo juro... y más adelante podré probartelo, que no es nuestro amor de esos que ñoñas preocupaciones puedan ahogar. Ten confianza en tu Susie.

A la lectura de esta carta Sérgio experimenta violento choque. Corre renético, loco, a casa de Susana, y forzando la consigna dada por ésta a los criados de impedirle el paso, llega hasta ella.



Como has podido proponerme tal cosa, Susana...?

Como — has podido proponerme tal cosa, Susana...? No, me resisto a creerlo. Vas a venir a casa, lo oyes? Lo quiero, lo exijo, sino...

Susana, asustada, temiendo una violencia, promete. Y una hora después se halla en el domicilio del joven.

Sérgio le implora renuncie a sus proyectos ambiciosos; ora acalorado ora persuasivo y cariñoso le pinta en risueños cuadros lo que sería su vida futura, serena y dichosa... Luego, ante la firmeza y la inquebrantable

L. Gaumont

obstinación de su amada, se exaspera, ordena, amenaza. Intenta, en su delirio, sujetarla entre sus brazos... mas ella, ligera, se deshace del abrazo, corre a la ventana y exclama:—Si das un solo paso más... me precipito a la calle.

Deshecho, vencido, Sérgio cesa de luchar contra aquella voluntad de hierro. Su furor decae y a él sucede un gran abatimiento. Susana, viendo su triunfo se acerca a él, mimosa:

—Sérgio mío... No seas niño. Sabes que te quiero. Pero la vida tiene crueles exigencias y aunque sea momentáneamente tenemos que sacrificarnos a ellas...

Sabiéndose débil para doblegarla, acobardado por su amor, acepta Sérgio el sacrificio.

Al día siguiente Susana Dory y su madre parten para las risueñas costas mediterráneas.

V. En Cannes

Susana y su madre se hallan en la aristocrática playa. Hertzog, no renunciando a sus esperanzas, las sigue hasta allí. Pero la joven, poseída aún por el recuerdo, de Sérgio, lo rechaza con dureza.

—Usted se casará conmigo—le dice Hertzog—Solo yo puedo darle esa vida opulenta que debe de ser la suya... Cuando se decida no tiene más que escribirme esta sola palabra: «Venga...»

Pero Susana no le escucha y prosigue sus silenciosos paseos por la playa, cautivando con su belleza, que realza su severa toilette de luto, a los veraneantes que por ella discurren...

No tarda en hallar el marido ideal, rico, joven, aristócrata que a la opulencia del que tiene una gran fortuna puede ofrecer la suprema vanidad de un título de nobleza. Es el Vizconde del Rocío, que en compañía de su madre la Vizcondesa pasa en Cannes, en un chalet de las cercanías, la estación estival.

Una oportunidad discretamente buscada inicia las relaciones. Y a despecho de la austeridad de principios de la Vizcondesa, y de su orgullo desmedido, pronto florece un idilio.

Una tarde, durante un paseo a caballo, el Vizconde, absolutamente hechizado, confiesa su amor a Susana y le ofrece su nombre. Susana, disimulando su triunfo bajo apariencia de ingenuidad y turbación mentidas, contesta afirmativamente. La ambiciosa alcanza su fin...

Pero Hertzog vela. Comprende que Susana se le escapa de las manos y acude para evitarlo a un recurso diabólico. Escribe a Sérgio, dándole el consejo de venir a Cannes sin perder un instante, y así que llega, le lanza despiadado la verdad en pleno rostro. Susana parece enamorada del Vizconde... y quizás le ama sinceramente...

L. Gaumont

Sérgio no escucha el resto de sus pérfidas insinuaciones. Corre como un insensato al parque y encuentra en él, por una de sus umbrosas avenidas a Susana, que acaba de dejar al Vizconde. Al verle, reprime aquella un grito de sorpresa. Sérgio, violento, le apostrofa, echándole en cara su perfidia. Mas ella se defiende haciendo protestas de su amor y afirmando que su corazón solo a él pertenece...

—No... Susana... No puedo ni quiero aceptar tus proyectos... Par-
tamos!

Susana rehusa obstinada y Sérgio, fuera de sí, en uno de sus arrebatos impulsivos se precipita al encuentro del Vizconde y le injuria...

Un duelo en condiciones rigurosísimas se concierta entre ambos hombres. Tiene lugar en un claro de un bosquecillo sito a proximidad del chalet del Vizconde. Dada la señal, dos detonaciones a cortísimo inter-
valo atruenan el espacio, y el Vizconde, ahogando un grito de dolor cae al suelo, atravesado de un balazo.

Hertzog, desembarazado del Vizconde y de su otro rival Sérgio, es el primero en anunciar a Susana el trágico resultado del duelo.

Traspasada de dolor e indignación corre a casa de la Vizcondesa, a aportar sus consuelos al herido. Mas se encuentra con que la casa está deshabitada. La Vizcondesa se ha marchado llevándose a su hijo, grave-
mente herido, no dejando indicación alguna de su destino.

Cuando Sérgio se presenta ante Susana, ésta le rechaza estreme-
cida de furor.

—Te odio... lo oyes?—grita vehemente.—Te odio, miserable. No te
perdonaré nunca... te odio!

Sérgio, desesperado, sintiendo en su pecho una sensación de frío in-
tenso, se aleja...

VI. La muerte del pájaro

Fugaces transcurren las horas.

Pasada la exaltación primera, sintiendo flaquear su voluntad cuyo fin empieza a comprender odioso, vuelve el corazón de Susana por sus an-
tiguos fueros y el recuerdo de su primero y único amor lo ocupa todo. Piensa en Sérgio, cuando recibe de él el telegrama siguiente.

Susana. Lee esto atenta; te adoro. Comprendo que te he
perdido y no quiero sobrevivir a este pensamiento. Hasta las 3
esperaré tu perdón en el aerodromo de Antibes. Pasada esta
hora un accidente fortuito descargará mi desesperación. Te he
amado por encima de todo. Adiós.

Echa una ojeada a su reloj. Son las 3 menos cuarto. El aerodromo

L. Gaumont

de Antibes dista bastante lejos. Toma un automóvil y ordena al chauffeur lanzarlo a toda marcha.

* * *

Sérgio en el campo de aviación, junto al gran pájaro que tantas veces le llevó a la victoria se aplica a los últimos preparativos de su postrer viaje. Una feroz voluntad le anima. A cada instante consulta su reloj. Va acercándose la hora... Son las tres menos algunos minutos. Lentamente fija al motor y al depósito de bencina una mecha, que encenderá en pleno vuelo...

Su reloj señala al fin las tres.

Abarca con una mirada en torno suyo el extenso campo. Nadie. Ha perdido a su Susana! La vida ha terminado para él. Toma asiento en el aeroplano, sus operarios ponen en marcha la hélice, recorre algunos metros por el suelo y se eleva rápidamente siguiendo una graciosa curva ascendente...

El automóvil en donde va Susana llega entonces al campo... La jóven ve a la gente alzar la mirada al cielo... Comprende, y lanza un clamor desesperado...

A poco sus ojos presencian horrendo espectáculo. El aeroplano, en medio de su gracioso vuelo brinca, una intensa llamarada lo envuelve y como un bólido candente cae a tierra...

Susana instantes después, cae desvanecida sobre el cuerpo de su amado, cuerpo horriblemente mutilado que la vida ha abandonado ya.

VII. Sacrificio

Susana ha vuelto con su madre a París. Hertzog, el constante, el terco, le ha murmurado a su oído: Acuértese... una sola palabra «Venga...»

Entra en su casa. La madre, sollozante, se deja caer en una silla. Susana con los ojos secos, su dolor, su desesperación han abolido en ella toda sensación, recorre uno a uno los aposentos de la casa que ya no es suya. Por doquiera sellos judiciales, papel sellado, de apremio y amenaza.

Se ahoga. Abre una ventana. París, la inmensa urbe extiende ante ella el mar de sus casas, sus miríadas de luces. El murmullo ahogado de su vida intensa le penetra...

—Maldito seas—grita la alucinada—Maldito tu ambiente que corrompe... que te infiltras en la sangre llevando a ella la mas impura de las codicias... Maldito seas Siglo del Dinero, y tu Becerro de Oro que tantos inmolas en tu altar... Maldito... Maldito...

Cierra la ventana. Dirígease a su secreter, lo abre y saca de él un revólver, incrustado de nacar, precioso juguete de muerte... Lentamente acerca su cañón brillante a su pecho... y va a terminar con una cobardía

L. Gaumont

su desdichada existencia de engañada, cuando se le aparece la visión de su pobre madre, planta de invernadero, cuyos días solo el calor del lujo puede prolongar.

Un resto de piedad le impide llevar a cabo su crimen. Tira lejos de sí el revólver, y con mano firme traza en el respaldo de una tarjeta suya una sola palabra: «Venga».

Y en el sobre escribe:

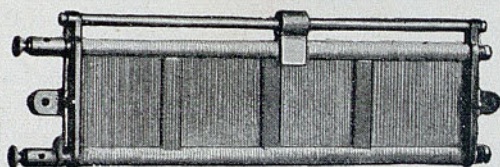
Sr. Max Hertzog

Avenida Victor Hugo, 210

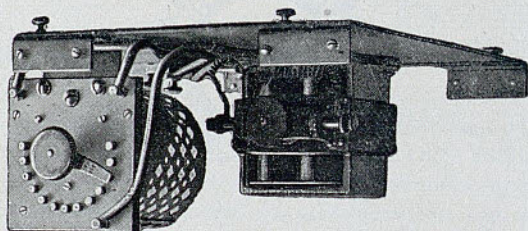
PARIS



Los tipos de resistencia de velocidad **GAUMONT**



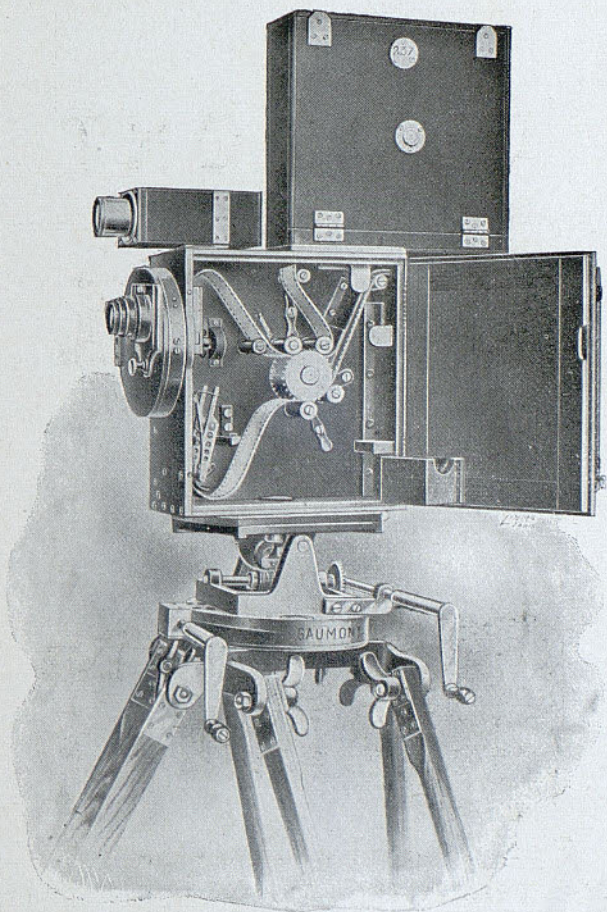
Resistencia de velocidad
modelo alargado (de cursor) tipo **A**
propio para mesa de madera



Platina soporte de partes eléctricas
para mesa metálica, provista de dinamo
con resistencia redonda (de bornes) tipo **B**

Estas dos resistencias se utilizan indistintamente para di-
namos Tipo A y Tipo B

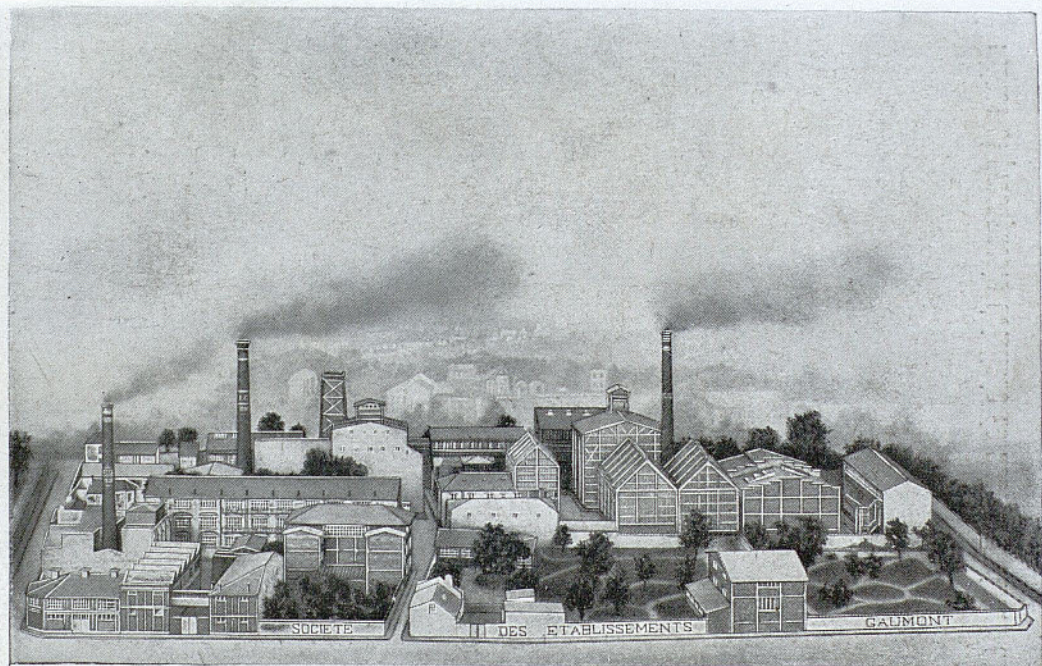
Si queréis impresionar buenas cintas, no empleéis más que el
CRONO NEGATIVO GAUMONT



Pídase el presupuesto detallado de nuestro material de

TOMAR VISTAS





Vista de los talleres de la Sté. des Etablissements Gaumont de Paris